

Editorial publicado en la Newsletter de enero de 2025



Editorial a cargo de Habiba Hadjab Boudiaf, miembro del Instituto de Migraciones y Profesora Asociada del Departamento de Antropología Social, Universidad de Granada

“Menores en Riesgo: Violencia sexual, trata y desplazamiento forzoso en el contexto de crisis humanitaria global”

El uso de la violencia sexual en los conflictos armados no es un fenómeno exclusivo de las guerras contemporáneas, sino una práctica presente a lo largo de la historia. Entre las diversas formas de violencia sexual, la violación refleja una expresión extrema de la cultura patriarcal, perpetuando la supremacía masculina y reforzando la concepción de la mujer como objeto de posesión y destrucción. Esta práctica, profundamente arraigada en sistemas sociales de dominación, ha encontrado en los conflictos armados un espacio de expansión y sistematización, donde el cuerpo de las mujeres es utilizado como arma y botín de guerra.

Para comprender la violencia sexual como arma de guerra, es esencial analizar el marco social patriarcal y capitalista que la legitima. El control del cuerpo femenino ha sido una constante histórica en el patriarcado, manifestándose en el dominio de la sexualidad y la percepción del cuerpo de las mujeres como propiedad masculina. En los conflictos armados, esta dinámica se intensifica violentamente, con cuerpos destrozados y violados. Como afirmaba Michel Foucault: “el cuerpo está directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo dominan...”. En este contexto, las relaciones de poder no solo se ejercen, sino que encuentran en la violencia extrema una forma de reafirmarse.

La violencia sexual busca someter a la víctima mediante el terror infligido por los abusos. El sufrimiento de mujeres y niñas se produce en un cuerpo considerado "violable" y presentado como botín de guerra, transformándose en un nuevo campo de batalla en ausencia de trincheras tradicionales. Además, tiene una dimensión colectiva, destinada a humillar a la comunidad enemiga. Más que una acción motivada por deseo sexual, la violencia busca destruir el tejido social y familiar de una comunidad (Mackenzie, 2010). Esta doble dimensión, individual y colectiva, revela cómo el daño trasciende a las víctimas directas, erosionando los vínculos sociales y las estructuras comunitarias.

En 2008, la Resolución 1820 del Consejo de Seguridad de la ONU reconoció la violencia sexual como táctica de guerra contra la población civil, señalando que mujeres y niñas son particularmente afectadas. La resolución exige a todas las partes enfrentadas poner fin a su uso y adoptar medidas urgentes para proteger a los civiles. Sin embargo, este documento jurídico a

menudo queda en papel mojado frente a la persistencia de esta violencia. La implementación efectiva de estas resoluciones requiere no solo compromiso político, sino también recursos y mecanismos de rendición de cuentas que, hasta la fecha, han demostrado ser insuficientes.

Según la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), hay 43,4 millones de personas refugiadas en el mundo, de las cuales 17,3 millones son menores de edad. Factores como la crisis económica, las catástrofes naturales y las guerras han intensificado la trata de seres humanos, afectando especialmente a niños y niñas. Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), aunque aportan modernidad, también han incrementado casos de trata, diluyendo las fronteras de protección de datos personales en la dark web. Esta conexión entre el ámbito digital y la trata de personas subraya la necesidad de una regulación más estricta y de medidas preventivas específicas para enfrentar este problema emergente.

En este contexto, el mundo enfrenta una de las mayores crisis humanitarias, marcadas por el desplazamiento forzoso de la población civil y una emergencia sanitaria sin precedentes. En Palestina, muchas personas viven atrapadas en una "ratonera", sin posibilidad de escapar del genocidio que estamos presenciando en directo. La falta de empatía y acción efectiva evidencia la incapacidad de Naciones Unidas y los países en general para abordar las causas del desplazamiento forzoso y proteger a los colectivos más vulnerables, especialmente a personas menores migrantes sin referentes familiares. Esta situación plantea interrogantes sobre la eficacia del sistema internacional de derechos humanos y la verdadera voluntad de los Estados para priorizar la dignidad humana por encima de intereses políticos y/o económicos.

En el ámbito nacional, según Save the Children, la llegada de niños y niñas migrantes a España aumentó más de un 116% en 2023. Este grupo requiere transformar los modos tradicionales de intervención, demandando la colaboración de profesionales de distintas instituciones y el cumplimiento estricto de la normativa vigente en materia de acogida de menores migrantes sin referentes familiares.

En respuesta al Acuerdo de la Conferencia Sectorial de Igualdad del 29 de abril de 2024, el Ministerio de Igualdad y la Dirección General de Infancia, Adolescencia y Juventud de la Junta de Andalucía pusieron en marcha un plan de formación dirigido a los profesionales del sistema de protección. Su objetivo fue prevenir, detectar e intervenir en casos de violencia sexual y trata con fines de explotación sexual de personas menores tuteladas. Durante noviembre y diciembre de 2024, el Instituto de Migraciones participó activamente en este plan, diseñado desde una perspectiva de género, con el fin de proporcionar herramientas interdisciplinarias para garantizar la protección de los derechos de los niños, niñas y adolescentes migrantes frente a la violencia sexual y la trata de seres humanos. Este esfuerzo conjunto subraya la importancia de la formación continua y la cooperación interinstitucional como pilares fundamentales para abordar problemáticas tan complejas y multifacéticas.

En 1937, Billie Holiday interpretaba "Strange Fruit", una denuncia contra los linchamientos de personas negras en el sur de Estados Unidos. Hoy, en 2025, la decadencia global amenaza con reavivar aspiraciones fascistas y extremismos religiosos, cuyo oscuro propósito parece ser llenar nuevamente los árboles con terribles "frutas extrañas": las personas migrantes y desplazadas, víctimas de un sistema excluyente. Estas palabras cargadas de dolor y resistencia, resuenan con fuerza en un mundo que, aunque ha avanzado en muchos aspectos, sigue enfrentándose a desafíos profundamente arraigados en la desigualdad y la intolerancia.